

VICENTE RODRÍGUEZ CASADO Y LA JUVENTUD UNIVERSITARIA

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-SIMANCAS LACASA*

Tengo dos motivos para haber titulado mi contribución como la he titulado. El primero: que Vicente Rodríguez Casado fue siempre un joven universitario. El segundo: que los jóvenes universitarios ocuparon el centro de su atención a lo largo de la mayor y mejor parte de su vida. Me explico.

Conservó su juventud de espíritu —que es la que cuenta— hasta el final de su vida aquí. Porque siempre tuvo un proyecto vital y profesional, que le impulsó hacia adelante con ilusión. Y ello hizo posible que viviera su vida como una continua *víspera del gozo*, que es lo que caracteriza a la ilusión según Julián Marías: la anticipación del gozo de hacer realidad el proyecto ideado, querido, trabajado con tesón e inteligencia, y finalmente logrado.

El proyecto de su vida lo animó desde muy dentro el espíritu de aquel gran universitario, que supo encarnar y comunicar a todos los que con él convivieron, y a la humanidad entera, esa unidad de vida en la que lo humano —el trabajo, la vida cotidiana— se entrevera en perfecta armonía con lo sobrenatural —la vida de amistad con Dios y con los hombres— formando un todo indivisible: el espíritu de Monseñor Escrivá de Balaguer.

Su proyecto profesional, permanentemente unido al quehacer universitario, lo animó a su vez su vocación humanista: la que le llevó a cultivar el estudio de la historia y, más concretamente, el de la historia de América y, dentro de ella, el de Hispano-América. Pero no como mero investigador individual de un campo tan fecundo, sino como promotor incansable de generaciones de estudiantes e investigadores en esa área del conocimiento. Tarea ingente que pudo acometer gracias a la realización de proyectos —que alimentaron su constante ilusión personal y profesional— como la

* Cursos I y II de la Universidad de La Rábida (1943 y 1944). Profesor Ordinario y Director del Departamento de Didáctica y Orientación, Universidad de Navarra.

Escuela de Estudios Hispano-Americanos y la Universidad Hispanoamericana de La Rábida, centro de difusión de los hallazgos de la investigación promovida y, al mismo tiempo, auténtico centro de formación universitaria de miles de jóvenes de múltiples nacionalidades: no sólo como profesionales en ciernes, sino como personas humanas con sentido de solidaridad respecto de la sociedad con la que todo universitario está endeudado, y a la que debe servir con lo que su formación universitaria le ha proporcionado. Eso, y no otra cosa, es lo que aprendimos —o intentamos aprender— los que nos formamos en convivencia con quien supo conquistar, por su prestigio y por su riquísima personalidad, ese título que algunos profesores universitarios logran merecer: el de Maestro. Que eso fue para nosotros el profesor Rodríguez Casado o, mejor, don Vicente (o —¿por qué no?— «Don Vicentón», para los más próximos a él).

Pero llegado aquí, quiero dejar claro que mi deseo no es quedarme en afirmaciones generales que quizá a más de un lector podrían parecer elogios póstumos, fruto indudable del cariño y de la admiración que se siente por una persona, pero que en momentos como éstos suelen expresarse con especial calor y, más de una vez, con cierta exageración o con un cierto embellecimiento de la realidad, sobre todo cuando esa realidad es ya lejana, o muy lejana, como ocurre en mi caso. Por esa posible reacción, que es muy lógica por otra parte, quiero pasar a narrar, si es posible con brevedad, una colección de recuerdos anecdóticos de mi convivencia personal con Vicente Rodríguez Casado, a los que añadiré el comentario oportuno que enlace la más pura realidad vivida con las afirmaciones genéricas que acabo de hacer. Cuanto he afirmado de don Vicente no es fruto de la imaginación, ni lo es sólo del afecto. Para mí —y supongo que para muchos otros—, es el puro reflejo de vivencias absolutamente reales y verdaderas. Vamos a ello sin más preámbulos.

Cuándo y cómo conocí a don Vicente

Hace un verdadero montón de años. Para cualquier joven universitario de los de hoy día, en tiempos que para ellos son ya pura prehistoria de España. Le conocí... ¡en 1934! Yo tenía tan sólo diez años y él la importante edad de dieciséis y medio: «importante» porque, para un crío de diez años, otro de casi diecisiete se le suele aparecer como una auténtica «persona mayor». Entre otras razones, porque a esas edades no se tiene una clara noción del tiempo ni a uno le preocupan las edades de la gente, sino la relación que

tiene con los que le rodean. Esa es la verdadera razón de peso. Por entonces, yo era un simple «lobato» de una tropa Scout: la Asociación fundada por mi padre Mario en 1932, los *Scouts Hispanos*, en la que existía una Escuela de Jefes. Pues fue en esa Escuela en la que, llevado de su interés por la juventud, ingresó Vicente, quien para todos nosotros era eso: un Jefe Scout, y no un chaval de dieciséis años y pico. ¿Qué imagen guardo yo de aquel «nuevo» Jefe o, mejor, «novato» Jefe Scout, llamado don Vicente?

La cosa tiene su miga. Porque, de los Jefes de aquella tropa, los famosos eran los veteranos que mi padre había seleccionado de entre los pioneros *Exploradores de España*, fundados mucho antes, cuando el movimiento «scout» de Lord Baden Powell tomó carta de naturaleza en España, y a los que mi padre había pertenecido. A Vicente le sacaban algunos años, pues andarían por sus veinticinco o más, y se las sabían todas en cuanto a la vida, las costumbres, y las prácticas scouts: un Ramiro Matarranz, un Ventura Comendador, un Rafael Iturriaga... El tal Vicente Rodríguez Casado tenía fama de lo que, en la jerga scout, se llama un «patatierna» (traducción del *tenderfoot* inglés): es decir, de «novato», del que acaba de llegar.

Y aquí viene mi comentario al hilo. A pesar de ello, Vicente nos caía «de miedo». ¿Por qué? Por su jovialidad, sus risotadas, su buen humor... y porque sabía —como siempre supo— reírse de sí mismo y de sus posibles o reales limitaciones. Por entonces no estaba gordo, que conste, pero no se le veía demasiado apto para el ejercicio físico, ni sabía demasiado de encender una fogata o de seguir una pista a través de los campos y los bosques. Lo suyo era charlar con los lobatos y scouts como uno más: contarnos anécdotas, hacernos reír y disfrutar en los «fuegos de campamento» o a lo largo de nuestras marchas. Años más tarde, terminada la guerra civil, cuando mi padre intentó inútilmente resucitar la Asociación —corrían los tiempos del Frente de Juventudes de aquel lamentable Partido Único—, tuve ocasión de oírle comentar cómo añoraba a aquellos muchachos que con él colaboraron (algunos fusilados, otros muertos en el frente), entre los cuales —y para mi sorpresa— mencionaba a aquel Vicente, con quien volvió a conectar en los años 40, como a uno de los que mejor habían comprendido el sentido educativo del «escultismo», por su formación universitaria y la profundidad de su pensamiento. Doy fe de ello. Así lo escuché de mi padre y así lo digo aquí. Punto.

Mi primer año en la Universidad y don Vicente

Año académico 1942-1943. En él me estrené como flamante estudiante de la Complutense. Cursaba primero de Filosofía y Letras (en enero de 1943 pasaríamos del viejo caserón de San Bernardo a la recién terminada Facultad, en la Ciudad Universitaria), y primero de Derecho «por libre», siguiendo el consejo de mi padre, con miras a conseguir una posición que me permitiera cultivar la historia sin apuros económicos. Mi padre era Doctor en Historia, dato que tiene mucho que ver con lo que sigue.

Un año decisivo por muchos motivos, entre los que figura en primerísimo plano mi encuentro personal con Monseñor Escrivá y su labor apostólica con los estudiantes universitarios. Yo, por aquel entonces, era un adolescente de dieciocho años, con una autoimagen que no se correspondía con la realidad: me consideraba suficientemente formado y sin problemas; más bien tímido, de pocos pero selectos amigos, apasionado por los conciertos de la Sinfónica y nada aficionado al fútbol ni a los toros, con ganas de estudiar y muy interesado por el árabe —por obra del excelente profesor que era Emilio García Gómez— y, cómo no, por la historia. Mi padre era un enamorado de la historia de América y me había puesto en contacto directo con la obra de Carlos Pereyra. Al final de aquel curso, apareció de nuevo en mi vida don Vicente, para darle un giro de 180 grados en lo propiamente universitario, y también en lo referente a mi personalidad aún balbuciente.

Había «tropezado» con él en uno de los pocos centros de la Obra que existían en Madrid por aquellos años. Recordamos viejos tiempos. A pesar de su juventud, poco más de veinticinco años entonces, acababa de ganar la Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea en la Hispalense. Me habló de su proyecto inmediato: la fundación de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos en la Universidad de Sevilla, cuyas actividades estivales iban a dar comienzo en La Rábida en el mes de agosto (1943). Abandoné la tentación de cursar «semíticas» junto con mi buenísimo amigo Álvaro Galmés —nos lo había propuesto García Gómez—: la perspectiva de La Rábida y de la historia de América me sedujo enormemente.

Pero había que contar con el permiso paterno, cómo no. Vicente no dudó ni un solo momento en ir a entrevistarse con don Mario, como llamaba a mi padre, quien ya sabemos lo muchísimo que apreciaba a Vicente Rodríguez Casado. El resultado de la entrevista era de esperar. A mi padre le hizo incluso más ilusión que a mí todo aquel proyecto, y dio su visto más que bueno a la propuesta del joven catedrático. Yo esperé con ganas el mo-

mento de viajar a Huelva, a Andalucía, por primera vez en mi vida. ¿Hasta qué punto pudo influir también, en todo ello, el tener yo un abuelo cordobés, una abuela sevillana, y otra nada menos que cubana, la abuela paterna a quien no tuve la suerte de conocer?...

Fue la primera vez, también, que salía de casa «en solitario». Eso me parecía a mí. Pero de «solitario», nada. Desde los primeros contactos, en aquella pensión de Huelva en que nos alojábamos, con los participantes en el curso inaugural de La Rábida, pude vivir el intenso compañerismo y el buen humor que nos acompañaría durante toda la estancia en La Rábida. Mis coordenadas habituales comenzaron a cambiar. Por obra de lo que don Vicente había proyectado y hecho realidad, no sólo en aquella primera ocasión sino a lo largo de mi vida universitaria en Sevilla, al calor de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y de su Director, mi formación universitaria y su resultado concomitante, mi personalidad, fueron objeto de un cambio muy positivo, gradual, que se produjo de un modo tan natural que yo sólo supe apreciarlo plenamente, en todo su valor, cuando me vi ejerciendo la profesión docente años más tarde.

Pero he de volver a los hechos. Mi dificultad es que son tantos los que podría mencionar, que este escrito podría convertirse en una auténtica «historia interminable». En lo que sigue, haré un esfuerzo de concisión, destacando tan sólo algunos de los hechos que considero pueden ser más significativos como argumentación de mis valoraciones, nunca gratuitas.

El curso inaugural de la Universidad de La Rábida (1943)

Yo destacaría, de entrada, el atractivo inmediato del entorno natural y del entorno académico y humano que me rodeó desde el comienzo. La aventura diaria, de ida y vuelta, de cruzar en un bote de remos la desembocadura del Tinto y del Odiel. El encuentro con aquel precioso Monasterio de La Rábida, con su arquitectura original, con los frescos conmemorativos de Vázquez Díaz en sus muros, todo ello a la sombra de la gigantesca estatua de Cristóbal Colón, que señalaba con su brazo extendido la ruta de las tres caravelas que zarparon de Palos de Moguer en busca de las Indias occidentales. No era mera poesía. Allí estaba materializado uno de los hechos más estupendos de la historia de España. No era la historia de los manuales que yo había manejado hasta entonces. Era la más pura realidad.

El contexto natural. Una realidad vivida entre los ríos y el mar, y sus abundantes playas; entre las pitas y las chumberas que yo nunca había vis-

to; entre las palmeras esbeltas, y entre los malditos mosquitos que no nos dejaron en paz ni un solo día de este curso inaugural. Calor, incomodidades, bromas, comentarios chistosos, y toda la humanidad, transida de optimismo y buen humor —y ya por entonces de excesivos kilos de peso—, de nuestro querido don Vicente, en aquel paraje único de marismas, de arte, y de historia, todo junto en la naciente Universidad Hispanoamericana de La Rábida.

El contexto humano. Recuerdo la satisfacción de «don Vicentón», y sus risas, al demostrarnos, en la zona del embarcadero, cómo podía flotar mejor que una auténtica boya, sin mover ni piernas ni brazos, por la simple redondez de su voluminoso cuerpo. Ya dije antes cómo una de sus cualidades consistía en hacer broma de sí mismo, en saber no tomarse a sí mismo demasiado en serio. Gran cualidad del verdadero profesor universitario, ya sea en el ámbito puramente acedémico, ya sea en el de pasarlo bien con sus estudiantes. A mí me lanzó materialmente al agua para que aprendiese a nadar, en el Tinto; asunto que encomendó luego a su colaborador José Antonio Calderón Quijano, quien lo hizo de maravilla dejándome abandonado en la superficie, después de desaparecer buceando, con lo que me vi forzado a perder el miedo y a salir nadando como pude, como un verdadero cachorro canino, y a la desesperada. Todo un símbolo de cómo don Vicente fomentaba nuestra audacia, en todos los campos, y sobre todo en los que andábamos un tanto escasos de ella.

Y llegaron las excursiones, culturales y folklóricas al mismo tiempo: a Palos de Moguer (el histórico puerto, la casa de Juan Ramón y el jardincillo donde trotaba Platero, la visita a una bodega típica); y a Aracena, el pueblo de Florentino, en la serranía de Huelva (aquella Gruta de las Maravillas, y la recepción en el Ayuntamiento con buen jamón de Jabugo y vinillo de Jerez); y la de cruzar la frontera portuguesa desde Ayamonte a Vila Real de Santo António (postales, cigarrillos rubios baratos, y ¿estar en el extranjero?)... Cosas nuevas, conversación espontánea, alegría, buen humor, un clima de compañeros y no sé cuántas cosas más. Todo fue así, tanto en el primero como en el segundo curso de La Rábida, en el que también estuve presente y por última vez.

El entorno académico de aquel año inaugural. Su altura. Su interés. Su variedad de temas culturales en torno al «descubrimiento» y a sus antecedentes, incluida la América precolombina; en torno al «siglo de oro español» y su literatura; y al Portugal del Infante don Juan Manuel y del estilo «manuelino». No podría decir lo que me llegó más adentro ni lo que más contribuyó a que se me abriera un panorama histórico para mí insospecha-

do hasta entonces. Mi bachillerato —el libresco y memorístico del Plan Sáinz Rodríguez, el de 1938— incluía la historia en todos sus cursos, especialmente la del imperio español, cómo no. Listas de hechos que memorizar, retención de innumerables datos sin apenas significado. Un ejercicio que solo quedó interrumpido en mi primer año de la Complutense, al no tener que examinarnos de los «comunes» hasta finalizar el segundo curso, cosa que para mí tuvo lugar ya en Sevilla; «comunes» en los que figuraba el extenso y retórico curso de Historia de Don Antonio Ballesteros Gaibrois: ¡qué hubiese sido de mí, de haber seguido en la Complutense!

En La Rábida todo fue muy distinto. Que ¿qué me llegó más adentro? ¿Quizá la rotunda personalidad, tan rotunda como sus opiniones, de un Don Manuel Giménez Fernández, a quien el siguiente año tendría como profesor de Derecho Canónico en Sevilla? Confieso que me quedé con la boca abierta de par en par —hoy diríamos que con los ojos cuadrados— al escuchar sus denuestos contra el mismísimo Rey Católico, Don Fernando de Aragón, quien, junto con Isabel de Castilla, habían sido, según mis noticias, los artífices de la unidad de España y, por tanto, las figuras más egregias, quizá, de nuestra historia patria.. Pues el cálido verbo de Don Manuel, cargado de sus típicas expresiones irónicas y de tintes francamente condenatorios, y basado en datos objetivos para mí desconocidos, nos presentó, en una serie de sesiones del mayor interés, a un Don Fernando que era el puro trasunto del Príncipe de Maquiavelo. Sorpresa, perplejidad. Comentarios y diálogo por los claustros de La Rábida con estudiantes y profesores. Opiniones diversas. Repaso mental de lo hasta entonces aprendido o, mejor, prendido con alfileres para pasar los exámenes de historia. Ahora comencé a pensar por mi cuenta, a dar vueltas a los datos, a llegar a mis propias conclusiones, supongo que bastante pobres.

Permítaseme aquí un inciso. ¿No es eso lo que distingue a un contexto universitario rico de otro contexto universitario pobre, en términos de calidad y no en términos de economía? Porque el entorno material de La Rábida, por entonces, era más pobre que las ratas: ni Residencia, ni más agua que la de los botijos (¿había ya una modesta cafetería?...: no lo recuerdo bien), ni más transporte que una camioneta y un bote de mala muerte, ni más comodidad que la de la incomodísima, y hasta cierto punto antihigiénica, pensioncilla de la capital onubense. Y encima, ¡los mosquitos! ¿No empieza siempre así todo lo que después será grande?

Lo que sí había en La Rábida era riqueza de espíritu, rigor académico, personalidades llenas de madurez humana y de saber trabajado, de autoridad de la buena (de esa *auctoritas* d'Orsiana) y, por eso mismo, dispues-

tas al trato cercano y llano con los imberbes estudiantes que allí nos habíamos juntado —españoles, portugueses, un japonés (Heikichi Hayasiya, que nos enseñó el himno de la marina de su país, en plena guerra mundial)— llenos, por nuestra parte, de verdadera ilusión. Eso fue así. Y peor para quien no se lo crea.

Pero vuelvo a mis recuerdos académicos. ¿Qué me llegó más adentro? ¿Serían las lecciones sobre las culturas azteca, maya o inca, dadas por un profesor experto cuyo nombre olvido ahora? Mis apuntes causaron admiración entre profesores y alumnos; quizá por los muchos dibujos que contenían y por su orden en apartados: puro mecanismo logrado en mis primeras armas universitarias, poca cosa en verdad. ¿O lo fueron las maravillas del estilo «manuelino», expuestas ¡con proyecciones! y con su entusiasmo de siempre por Florentino Pérez-Embid? ¿O fue la vivencia viva de la obra de los místicos de la época áurea —la de la Santa de Avila y de San Juan de la Cruz— con que nos hizo vibrar la palabra y la mímica de aquella originalísima personalidad que fue Don Luis Morales Oliver? ¿O las primeras nociones de Derecho Indiano, a cargo del lento pero seguro Don Juan Manzano?

¿O quizá, no sé si en su conferencia de apertura o de clausura del curso, la propia actuación de don Vicente, en la que otra de mis sorpresas fue la de tener que rectificar mi opinión sobre aquel Borbón dieciochesco que a mí me sonaba no mucho y quizá tan sólo como aquel Rey que comía ante su corte —en el cuadro de Paret, en el Museo del Prado—, o a quien gustaba cazar, o expulsar a los jesuitas, o exigir el uso de la capa corta o ejercer como alcalde de mi pueblo: Madrid? ¿Carlos III, tan importante? Ahora resultaba que, según Rodríguez Casado, nunca habían funcionado los Virreinos mejor que en el reinado de tan ilustre Borbón. Más adelante, cuando llegó la hora de mi doctorado, no fue extraño que don Vicente me propusiera, y yo aceptase, la idea de iniciar en el Archivo de Indias una tesis —que nunca finalizó, por el nuevo giro que experimentó mi vida académica y profesional— sobre el virrey de Nueva España, Marqués de Croix, de los años de Carlos III.

En resumen, que el curso inaugural de La Rábida fue para mí el verdadero «descubrimiento» de un mundo nuevo, como lo fue el de Colón. Y todo ello por obra del proyecto ilusionado de un gran maestro universitario, que supo adelantarse —era el comienzo de los años 40, en un contexto nacional objetivamente subdesarrollado, empobrecido por la contienda civil y bloqueado por las potencias exteriores— a las iniciativas que, mucho, pero que mucho después, alentarían el quehacer universitario espa-

ñol. Un profesor universitario muy joven entonces, y que supo conservar la juventud toda su vida.

Mi convivencia universitaria con don Vicente:

«Casa Seras» (1943-1947)

Cerraré mis comentarios con el periodo, intensamente transformador para mí, en que conviví con el Profesor Rodríguez Casado en la Residencia de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, en aquel chalet sevillano al que llamábamos «Casa Seras» por el apellido de sus propietarios. Estaba localizado entre la Avenida de Manuel Siurot y La Palmera.

Mi sorpresiva experiencia en La Rábida, en el verano de 1943, se prolongó, diría yo, durante los cuatro años de «Casa Seras». Fue durante esos años cuando tuve ocasión de conocer más a fondo esas cualidades personales y universitarias de Vicente Rodríguez Casado a las que me he referido al comenzar estas líneas.

Pero al hablar de la personalidad de Rodríguez Casado no puedo hacerlo más que desde la mía propia, desde mi personal subjetividad. En otras palabras, creo que mi testimonio perdería valor y viveza si me limitara a recordar o a intentar describir la imagen de don Vicente que de él se tenía en aquel entonces: me quedaría sin remedio en una visión externa, fría, ajena a mí, en algo así como un reportaje sobre las opiniones de otros, por muy interesantes y valiosas que pudieran ser. Y esto lo digo porque tendré que echar mano de la autorreferencia y decir algo de mí, cuando de lo que se trata es de hablar de don Vicente. Pero es que creo que no existe un mejor argumento para demostrar mis afirmaciones sobre su estupendo talante formativo y educador que acudir a lo que yo mismo experimenté, a la huella que dejó en mí mi convivencia con él. Así como mis vivencias en aquella mi primera aventura universitaria, en el clima y el ambiente de aquella Residencia que él supo alimentar con su presencia y su dedicación.

Vayamos, una vez más, a los hechos y a las anécdotas vivas. Primeros días de octubre de 1943. Esta vez ya en Sevilla, en la pensión Don Marcos, en la calle Abades, en el Barrio de Santa Cruz. Nos reunimos allí un buen grupo de los candidatos a una Beca del Consejo Superior de Investigaciones Científicas para cursar estudios en la Escuela. Antes me he referido a aquella autoimagen con la que salí de mi bachillerato, y afirmé que no se correspondía con la realidad. Mi primera confirmación de ello fue el contraste que percibí entre los compañeros con los que tomé contacto en la

pensión y mi propia persona. Preparábamos la prueba que había que superar para obtener la beca.

Es verdad que yo estaba todavía en mis dieciocho años y que la mayoría de ellos estaban ya en los cursos superiores de su carrera: pero me quedé aturrido ante la bibliografía, las fuentes, los contenidos que ellos barajaban con toda facilidad y que para mí eran extraños o desconocidos. Y sus personalidades. Un Ismael Sánchez Bella, terminando sus estudios de Derecho; un Guillermo Céspedes del Castillo, que venía de Burjasot; y si no me equivoco, de allí provenía también un Octavio Gil Munilla; un José Vila Selma, tan seguro de sí y con un culturón y un verbo de lo más brillantes; y un Andrés Vázquez de Prada; y más cercanos en edad, pero con un *background* muy distinto, dos muchachos de gran inteligencia, como Rodolfo Arévalo MacKri y Pepe Muñoz Pérez, quien sería mi compañero de carrera. No diré que mi autoimagen se derrumbase, pero sí que comencé a darme cuenta del nivel que don Vicente esperaba de la Escuela. ¿No se habría equivocado lamentablemente al pensar en mí?

Aparte de algunas preguntas de «cultura general», la prueba se centró en la exposición, por escrito, de un tema. ¿Quién fue el que ideó el tema en cuestión? ¿Sería el propio don Vicente? No me extrañaría nada. Es una de mis vivencias que todavía utilizo en mi docencia universitaria, como experiencia vivida en mi propia carne, para espolear a mis estudiantes en su capacidad de síntesis, en su hábito de establecer relaciones entre sus muchos conocimientos, en su aptitud para exponer por escrito su pensamiento, aprendiendo a saltar la barrera que separa al mero «saber» de una cosa del saber «pensar» sobre ella; aprendiendo a utilizar lo que saben para dar respuesta a un tema, a un problema, que no se ajusta al temario de un programa.

Eso lo aprendí de don Vicente en su asignatura, años después: ya por entonces examinaba con una prueba de «libros abiertos», en la que para responder al tema amplio, de síntesis, que solía proponer, se podía recurrir a notas personales, a manuales u otras fuentes cualesquiera, para comprobar algún dato concreto que no se recordase en el momento del examen. Lo que importaba no era la «empollada» o la «memorización» de la historia, sino la composición escrita, inteligente, de una respuesta que fuese coherente, que calara en el significado de los hechos, de las tendencias históricas, y que se expresara con suficiente altura universitaria. Esta fue una de las lecciones más magistrales que me proporcionó, y que más agradezco, el profesor Rodríguez Casado.

Pero, bien: ¿cual fue el tema de marras? Un tema que me hizo sufrir de

verdad, que me hizo sudar de lo lindo durante las dos horas que se me dieron, que me hizo pensar como nunca y que, como ya he dicho, obedecía a un planteamiento de la formación universitaria para mí del todo nuevo. El tema: lo clásico y lo barroco. Y punto. Nunca lo olvidaré.

Cuántas veces había tenido que responder a preguntas de mero recuerdo memorístico sobre obras del arte clásico, de la literatura clásica, de obra y autores de la época barroca, de los estilos y sus características, y un largo etcétera siempre en línea de los datos, nunca en la de su comprensión, en la de la síntesis y de la visión de conjunto, en la de la integración de los conocimientos, y no en su pura asimilación memorística hasta el momento del examen, para olvidarlos después casi instantáneamente. Y ahora, en aquella prueba, se me pedía lo otro, lo que nunca se me había pedido ni enseñado a hacer: relacionar en un conjunto sintético aquellos datos dispersos en mi memoria, de forma que se estableciera una comparación esencial entre una y otra «categoría» cultural: nada menos que lo clásico con lo barroco. Abreviando: creo que el lector de estas líneas será consciente, después de lo dicho, de la profunda huella que en mí dejó esta primera experiencia en la Escuela concebida por don Vicente.

La convivencia. Convivencia: que es algo muy distinto de vivir como «soledades juntas», en expresión de Pedro Salinas. Aquella Residencia con nombre propio —«Casa Seras»— fue eso: una casa y no una mera pensión o residencia estudiantil, en la que uno pernocta, donde a uno le dan de comer, y donde cada uno campa por sus respetos y se relaciona, si se relaciona, con los «usuarios» del alojamiento que mejor le caen, si es que alguno le cae bien. A lo que voy: en aquella verdadera convivencia que se vivió en Casa Seras, el aglutinante de tan diferentes personalidades; el «animador» de las discusiones sobre tantos temas de actualidad que se tenían después de las comidas —en el sentido «europeo» del término discusión, y no en el «hispanico» de monólogos superpuestos con la única mira de «machacar» al otro en sus puntos de vista—; el promotor de actividades culturales y bienhumoradas —recuerdo la sesión de teatro leído de *La venganza de Don Mendo*, que nos divirtió a un buen grupo—, de excursiones en bicicleta —en la que hicimos a Carmona para conocer su famosa Necrópolis, él mismo tomó una esforzada parte, a pesar de sus buenos kilos—, era siempre don Vicente.

Las diferentes personalidades... y don Vicente

Las diferentes personalidades... y don Vicente. He ahí otro aspecto que merece subrayarse. Lo digo por mí y también por los demás. Pude percibirlo ya en La Rábida de aquel primer año, y lo comprobé cien veces más en Casa Seras. ¿Que a qué aspecto me refiero? Al de su exquisito respeto por la forma de ser de cada uno y al de saber dar a cada uno el trato más adecuado a su irrepetible personalidad. Eso es a lo que aspiramos los educadores y sabemos, por experiencia, que no es cosa fácil vivirlo en todos los casos por mucho que nos lo propongamos. Es otra de esas huellas profundas que en mí dejó don Vicente y que me ha ayudado poderosamente a intentar y a lograr hacerla realidad en mi actuación docente. Esa estupenda cualidad suya la viví personalmente, quizá como ninguna otra. Me explico.

De lo que llevo dicho hasta aquí, quizá el lector podría hacerse a la idea de que entre don Vicente y yo había algo así como una natural compenetración de caracteres, o un sintonía de personalidades, una «filia» espontánea que nos uniera del modo más fácil, todo lo cual podría explicar, al menos, parte de mi aprecio por él como persona y como maestro. Pues mi querido lector: no hubo entre él y yo nada de eso.

Algo he dejado caer sobre mi personalidad de por entonces (de por entonces, porque la personalidad cambia, mejora con el tiempo y con la lucha por superar sus defectos: si no, pobres de nosotros y de la educación, que no tendría razón alguna de ser). ¿Yo? Por entonces, bastante tímido, nada resuelto, dubitativo, con tendencia a minusvalorarme y a esa maldita manía de algunos estudiantes de compararse con los demás siempre a la baja, en vez de pensar en lo que de positivo tenemos todos, que hay que ir descubriendo poco a poco y que se descubre y se objetiva especialmente si uno encuentra a un educador que le enseñe a conocerse y a aceptarse como uno es, más que proponerle metas irreales e irrealistas en una búsqueda, teñida de orgullo, de un «yo ideal» o de un «autoconcepto positivo» que no es sino soberbia camuflada.

Pues ésa fue la lenta y respetuosa labor que don Vicente llevó a cabo con un estudiante que no tenía —me atrevo a afirmarlo con plena rotundidad— ni un solo rasgo semejante al de su personalidad madura, realista, optimista, de una sinceridad campechana y hasta explosiva, arrolladora, que contagiaba vida, y que conocía la vida y todas sus realidades por su experiencia y su capacidad de penetrar en la verdad de las cosas. Es decir, una personalidad que no tenía ni un punto de contacto con la mía de en-